

jóven; y, aunque á remolque, se fue al hospital. Al día siguiente cumplió el Padre su palabra; y yendo á verle, le exhortó á que se confesase; y como insistiese el jóven en que no tenía mal alguno, le dijo el Padre: «Sí: pero tenemos un deber de aprovechar el tiempo que Dios nos concede; y si vos, hijo mío, lo perdéis, acaso no lo tendréis dentro de poco.»

Atemorizaron estas palabras al jóven, que dulcemente arrastrado por las suavísimas palabras del Padre, al fin se decidió á hacer con él una confesion de sus culpas, y luégo á recibir la Sagrada Eucaristía con gran devocion y piedad. No tardó mucho en reconocer las miras del P. Pignatelli; pues en aquel día mismo le acometió una fiebre maligna, que privándole á poco de todo conocimiento, le causó la muerte.

Divulgada la noticia por Colorno, dio muchísimo que hablar; y el sacerdote D. José Tarchioni, que lo había presenciado todo, no pudo menos de descubrir su pasmo al P. Pignatelli; quien, á fin de esquivar todo asomo de gloria que pudiera resultarle, dijo que nada tenía de particular que Dios se hubiera servido de él en aquella ocasion, cuando para corregir á un profeta, supo hacer hablar á una jumenta; y á algunos de los Padres que varias veces le recordaron el suceso, no dijo nunca otra cosa, sino que reconocía una gran misericordia de Dios en la salvacion de aquella alma.

CAPÍTULO V

Humildad del P. Pignatelli. — Mutua union y hermandad con los religiosos de Santo Domingo. — Promueve el Siervo de Dios los ministerios espirituales en la iglesia de San Estévan. — Sus trabajos apostólicos. — Infatigable celo y continua mortificacion. — Sus correrías por la campaña. — Rasgos de caridad con enfermos. — Frutos admirables que recoge. — Distribuye entre pobres limosnas abundantes. — Otros casos raros con enfermos.

1802

Es la humildad el fundamento y raíz de las virtudes, y con ella supo el P. Pignatelli consolidar las suyas y acompañar el ejercicio de ellas. Aunque desde el primer día de la apertura de la casa fue el Superior de ella, lo tenía él tan oculto, que ninguno de sus súbditos le nombraba con otro nombre que con el de Don José.

Refiere el P. Nicolás Grassi¹ que «habiendo vuelto el P. Montesisto, en compañía del P. Pignatelli, de una visita al Sr. Duque de Parma, en la recreacion, en presencia del Siervo de Dios, dijo que de allí en adelante no debían llamar al dicho Siervo de Dios con el nombre de «Don José,» sino con el título de «Padre Rector.» El Siervo de Dios rechazó una y muchas veces aquella proposicion, repitiendo: «Yo soy Don José, yo soy Don José.» Y como el P. Montesisto insistiese más en su aserto, el P. Pig-

¹ *Process. Rom.*, fol. 540.

natelli replicó: «Ya que quiere que yo lo sea, comience V. por obedecerme en no llamarme «Padre Rector.» «Así,» termina el P. Grassi, «vine yo en conocimiento claro de la autoridad de que estaba revestido el Padre.»

Mostraba gusto especial en tratar dentro de casa con los Hermanos Coadjutores, mayormente con los más sencillos y humildes. Había en Colorno uno, llamado Domingo Cademarchi: era este un jovencito aldeano, sin letras, sin mundo, sin penetración ni gracia: y con él tenía el Padre cada día larga conversación, aun cuando era simple aspirante; y tomó á su cargo adiestrarle por sí mismo en las cosas del espíritu. Cobróle gran cariño que le duró toda la vida¹.

Siguióle Dominguito, que así le llamaba el Padre, á Nápoles, y después á Roma. Echado de esta ciudad por los franceses, se recogió á Bolonia, su patria, en donde le mantenía el Siervo de Dios con recursos que le enviaba desde Roma: y cuando el Padre murió, casi en el mismo tiempo apareciósele en Bolonia, según que adelante se dirá.

La misma propension de ánimo manifestó al H. José Grassi, su socio Coadjutor desde que fue nombrado Provincial hasta su muerte; y se comunicaba y aun consolaba con él en sus penas, como pudiera hacerlo con un Superior. Los dos Hermanos se presentaron como testigos en el proceso que se formó en Roma.

Una cosa muy singular se advierte en el de Parma. Hemos visto en el libro antecedente cómo el P. José Pignatelli desde los primeros días que estuvo en Bolonia hasta que salió de esta ciudad para la de Parma, cultivó constantemente la amistad de personajes de la nobleza y del mayor influjo y representación. De su misma boca oyeron los que con él trataron, la rectitud de intención que en esto tenía; pues no se propuso otro fin, que el bien espiritual de las personas con quienes trataba, y el amparo y defensa de sus hermanos oprimidos.

Estos dos fines cesaron con su residencia en Colorno: y desde

¹ *Process. Rom.*, fol. 731.

entonces ya su trato no fue con la grandeza del estado de Parma, sino con los pobres, con la gente sencilla, con toda clase de menesterosos. Consta por el proceso de Parma, que invitado por el duque á comer á su mesa, no aceptaba¹. Así lo asegura Juan Grandi, barquero de la casa ducal. «He oído decir que fue convidado muchas veces á comer con el Duque, y que jamás quiso aceptar.» José Longhi testifica que «nunca oyó decir que en Colorno visitase á ningun magnate².»

Y si Antonio Pagliari, otro criado del duque, confiesa que «algunas veces fue á visitar á caballeros empleados en la corte, sin saber él por qué causas,» advierte á renglón seguido que «siempre que iba á la corte, hacía el viaje á pie³.»

Pero lo que he de confesar que me ha sorprendido no poco, es la calidad de los testigos que figuran en el proceso de Parma. Cuarenta y ocho son los que deponen: los más autorizados entre ellos son cuatro sacerdotes, dos de ellos canónigos; siguen á estos el médico del hospital y dos cirujanos; los restantes son todos personas de la ínfima condicion social: nueve criados del duque, que servían en oficios humildes, como de cochero, barquero, etc., y trabajadores de los diversos oficios mecánicos, como carpinteros, albañiles, herreros, tejedores, sastres, algun comerciante y tambien propietario: á alguno de los propietarios se le añade el adjetivo *piccolo*, dando á entender que era muy reducido su caudal. Esta era la gente con quien más trataba él. Algun tendero le conocía por haberle visto en su tienda comprando por sí mismo algun objeto. Con esto demostró el Venerable que si podía alternar con la nobleza, su corazón se le iba á las clases más humildes de la sociedad.

No dejaba pasar ocasion alguna que se le ofreciese de humillarse y mortificarse. Tenían en Colorno los Padres un borrico, que servía para llevar á la casa las provisiones desde Parma; y

¹ *Process. Parm.*, fol. 420.

² *Ibid.*, fol. 231.

³ *Ibid.*, fol. 190.

se vio al Padre «entrar en la ciudad,» dice Teresa Riga¹, «caballero en el rocín en medio de las burlas de los muchachos.» Fernando Casoli² asegura «haber oído contar al barbero de la casa, Vicente Berselli, que en las fiestas de los Santos de la Compañía el P. Pignatelli convidaba á comer á algunas personas distinguidas de la ciudad, la mayor parte sacerdotes, y que el Padre les servía á la mesa, contentándose él con un poco de chocolate.»

Confirma lo mismo Francisco Longhi; y dice que las festividades, en que invitaba el Padre y servía á la mesa, eran las de San Luis Gonzaga, San Ignacio y San Francisco Javier³. Hacíase en Colorno el día de Viernes Santo una devota procesion, llamada del Santo Simulacro; y afirma Marcos Agresti haber visto al P. Pignatelli que en compañía del duque iba en la procesion los pies descalzos⁴.

De su humildad le nacía la mansedumbre con que trataba á todos, aun á los menos autorizados. «Siempre advertí en el Padre,» dice José Marenzoni⁵, «suma afabilidad en el trato: y lo mismo oía decir á otros, que sentían lo mismo que yo.» Alejo Lamberti cuenta⁶ que á poco de la llegada del Siervo de Dios á Colorno, cuando se estaba disponiendo la casa para los novicios, le envió con una carta para un tal Jerónimo Rizzardi, de Colorno. «Como yo,» dice, «estuviese ocupado en otros quehaceres, no la llevé al momento. Viome á poco rato, y me preguntó si había llevado la carta á Jerónimo. Respondíle que no. Entonces con algun imperio me dijo que la llevase inmediatamente. Parecióme que se alteró un poco. Obedecí al instante: y al volver, se me vino el Padre á pedirme perdon de la manera con que me había mandado la segunda vez que llevase la carta.» Hasta aquí Lamberti.

¹ *Process. Parm.*, fol. 576.

² *Ibid.*, fol. 265.

³ *Ibid.*, fol. 233.

⁴ *Ibid.*, fol. 392.

⁵ *Ibid.*, fol. 318.

⁶ *Ibid.*, fol. 668.

El cariño verdaderamente filial que profesaba á la Compañía no le entibiaba el amor y respeto para con las demás órdenes religiosas: á todas admiraba, y se deshacía en elogios de ellas. Profesó no obstante particular amor y afecto á la orden del glorioso Padre Santo Domingo, ya por la deuda de gratitud, con que le obligaban los muchos beneficios, que así él como sus hermanos habían recibido de los Padres dominicos en Córcega y en su viaje por las costas de Génova y por el Apenino, ya tambien porque desde muy jóven había profesado ternísima devocion al Patriarca Santo Domingo; la que le impelía á amar en el padre y por el padre á todos sus hijos. Siempre tuvo en su reclinatorio una devota imágen del santo, á quien se encomendaba fervorosamente en sus apuros y necesidades.

Apenas llegó á Colorno, fue á visitar á aquellos Padres, que trasladados de la casa de San Estévan, tenían su habitacion en el convento de San Liborio. Viva fue la impresion que de su persona les dejó el P. Pignatelli con la afabilidad de sus maneras y la profunda humildad que revelaba todo su continente; y desde aquel punto se estrechó con tal firmeza el lazo de amistad entre las dos familias religiosas, que ni se rompió ni aflojó jamás en lo sucesivo con grande edificacion de los colorneses. Amábanse mutuamente y se auxiliaban unos á otros, como si fuesen todos hermanos é hijos de una misma religion; gozaban y se afligían los unos con las satisfacciones y penas de los otros; y todo era comun entre ellos, las casas, los templos y cuanto en ellos había, pudiendo cada cual ir, cuando le pluguiese, á la otra casa á celebrar, confesar y ejercitar cualquier otro ministerio.

Regístrase en los procesos una tierna carta de recomendacion, escrita por el P. Pignatelli al P. Maestro Ferrari, dominicano residente en Plasencia, en favor de Bernabé Piccoli, uno de los primeros discípulos del colegio de San Estévan al abrirse las clases. La carta dice así: «El abate Pignatelli abraza y besa las manos á su muy venerado y estimado Padre, el R. P. Maestro Ferrari, y se atreve á implorar su poderosa proteccion y gracia á favor del jóven Bernabé Piccoli, que en verdad merece

toda buena fortuna. El que esto escribe, penetrado de la más justa devota veneracion y cordialísima sincera estima y amistad, (si el Revmo. P. Maestro le permite honrarse con este nombre), se resigna completamente en Vuestra Paternidad Reverendísima. — San Estévan, veinte y nueve Abril de ochenta y dos¹.» — Este lenguaje tan respetuoso y lleno de afectuoso cariño en un hombre tan mirado y sincero en sus palabras, revela un corazón verdaderamente afecto á la persona á quien se dirige.

Los días en que se celebraba alguna festividad en la iglesia de San Liborio, enviaba el P. Pignatelli varios sacerdotes para que ayudasen á los Padres dominicanos; y á su vez estos enviaban otros de los suyos á San Estévan en días parecidos. En las fiestas de ambos fundadores alternaban los panegiristas; y el que recibía tan honroso encargo, se aparejaba con tanto estudio y diligencia, y procuraba salir tan airoso, que más no se hubiera hecho, si Santo Domingo hubiese sido padre de los jesuítas y San Ignacio de los dominicos. En 1802 un jesuíta predicó el panegírico de Santo Domingo; y ya un Padre dominico había predicado el de San Ignacio pocos días ántes. Ambos sermones fueron grandemente alabados².

Teniendo que ir de Parma el Padre que debía pronunciar el panegírico de Santo Domingo, pocos días ántes de la fiesta cayó enfermo, y enviaron el aviso con un propio á Colorno al Padre Pignatelli, que no lo recibió hasta la misma víspera. Grande fue su afliccion; y llamando al P. Luis Fortis, le refirió lo que le pasaba, y le rogó que supliera al predicador, porque no tenía ánimo para dejar sin panegírico la solemne funcion de los Padres dominicos, especialmente después que ellos pocos días ántes se habían prestado con tanta cordialidad y cortesía á festejar á San Ignacio.

El P. Fortis no pudo menos de alegar algunas razones para declinar el compromiso: «A pesar de todo,» dijo, «si V. R. juzga

¹ *Process. Parm.*, fol. 713.

² P. LUENGO, *Diario*, Tomo 36, pág. 216.

diversamente, estoy pronto á cargar con este peso, con tal que me lo imponga por obediencia, de cuya virtud recibiré de seguro el poder y saber, que sin ella sería temeridad prometerme.» Dijole entonces el P. José. «Sí, sí: id en nombre del Señor, y no temáis.»

La mañana siguiente pronunció el P. Fortis su panegírico con tal sublimidad, copia y fuerza de conceptos, tan florido y con tan brillantes pensamientos y bellas frases, y, lo que es más, con tal orden y concatenacion de ideas y de argumentos, que durante una hora larga tuvo á su auditorio pendiente de sus labios. Al bajar del púlpito, le rodearon aquellos religiosos, y se le acercó tambien el duque D. Fernando, que le había oído; y al querer dar algun desahogo, todos á la par, á la satisfaccion que no les cabía en el pecho, les atajó la palabra el P. Fortis, diciéndoles, que los plácemes y las alabanzas se debían no á él, que nada había hecho ni puesto de suyo, sino al P. Pignatelli, á cuyas oraciones había que atribuir todo lo hecho y dicho por él casi improvisando, y no con estudio, como suponían ellos. Contóles lo pasado el día ántes, y venció á la primera maravilla una segunda mayor.

Convidábanse mutuamente á comer las dos comunidades, ya en porciones, ya casi por entero; y de aquí tomaba ocasion el P. Pignatelli para ejercitar un bellissimo acto de caridad y humildad; pues so pretexto de la falta de salud, que no le permitía comer, por no estar ocioso entretanto, como él decía, poníase á servir en la mesa á los Padres dominicos, que inútilmente rehusaban aquel favor y se mostraban avergonzados durante la comida¹.

Fuera de la ciudad solían reunirse los novicios de una y otra regla, y solazarse y enfervorizarse juntos con santos coloquios; cosa de que se agradó tanto el duque D. Fernando, alguna vez que la presenció, que mandó aparejar un esquife, y convidando á entrar en él juntos y mezclados á aquellos fervorosos jóvenes,

¹ *Summar.*, pág. 89, §. 37.

se dignó pasear río arriba y abajo con ellos gozando de su sencilla y santa conversacion.

Cuando segunda vez los Padres españoles fueron expulsados de España, como dijimos, apenas tuvo noticia de semejante contra-tiempo el P. Provincial de Santo Domingo, ordenó á todos los religiosos de su Provincia, que acogiesen con caridad y trataran como á hermanos á los Padres cuando llegasen de España. Y en general se puede asegurar que de ambas partes se aprovechaban todas las ocasiones que se ofrecían de darse mutuas pruebas de hermandad y benevolencia con rara edificacion de los colorneses, á los cuales las dos religiones cultivaban con gran solicitud por medio de los ministerios espirituales, que á una y otra son comunes. En la iglesia de San Estévan tambien los promovió todos con admirable celo el P. Pignatelli, como son sermones, catecismos, instrucciones, confesiones, ejercicios espirituales, el mes de Mayo consagrado á María, y otras prácticas devotas para cultura del pueblo.

Entre las prácticas religiosas que estableció, una fue la que describe José Zaffanelli por estas palabras¹: «Por la tarde en la iglesia de San Estévan habitualmente se hacía una práctica de devocion, llamada «Vespertino:» consistía esta en unas oraciones á San Ignacio y el rezo de la letanía de la Virgen: corría á cargo de los novicios.» Del mencionado ejercicio dice el H. Santiago Annoni², que en él «por medio de los sacerdotes y de los asociados á la confraternidad del Sagrado Corazon de Jesús allí erigida, se practicaban algunos determinados ejercicios de piedad, á los cuales concurrían los habitantes del país.» Añade Pedro Mazzera, que «algunas veces en los días festivos solía por la mañana explicar el Padre el evangelio, y por la tarde él y el P. Fortis hacían el catecismo en forma de diálogo con grande concurso de pueblo.»

De la distribucion del tiempo que guardaba el Padre, depone

¹ *Process. Parm.*, fol. 201.

² *Process. Rom.*, fol. 343.

lo siguiente: «En todas las estaciones del año á las cuatro de la madrugada se metía [el P. José] en el confesonario, y allí permanecía hasta las ocho, quitado el tiempo de la misa, que solía decir siempre á las seis. Á las ocho iba al hospital: estaba allí como una hora: volvía al confesonario; y aun después de comer oía confesiones en su cuarto hasta una hora después de anoche- cer¹.» Advierte otro testigo, que los días de fiesta decía la misa de comunidad. Hay quien recuerda haberle visto en una Dominica *in albis* no abandonar el confesonario hasta muy de noche, y aun eso porque tenía que rezar todo el oficio del día, que no es nada corto.

Muchos enfermos de Colorno le enviaban á llamar á menudo para pedirle una limosna, para aconsejarse con él, ó poner en sus manos la propia conciencia; y no hubo caso en que se negara á ir, aunque distase la casa más de una legua en las afueras de la ciudad, unas veces con el sol de Julio, y otras bajo nieves y lluvias, y sobre el hielo, y con penetrante frío, que en aquel país es en algunos meses insoportable.

Ofrecióle el duque su propio coche, al menos para cuando la estacion era lluviosa y estaban impracticables los caminos, pero nunca lo aceptó. Un cochero de profesion, por nombre Cristóbal Brianti, volviendo de Parma á Colorno, topó con el Padre en un sitio llamado «el márgen de San Polo,» á tres millas de Colorno, en una estacion mala: era aquel punto peligroso por las frecuentes agresiones de salteadores, y estaba en aquella sazón casi intransitable el camino. «Por esto,» dice², «yo, que volvía con el coche vacío, le rogué que se sirviese subir á él; pero mi invitacion fue inútil, y solo me respondió: «Voy bien así, hijo: muchas gracias.»

Un día yendo el Padre á Torde á visitar un enfermo, se atolló tanto en un lodazal, que, segun afirma Susana Bergonzi³, «con

¹ *Process. Parm.*, fol. 244.

² *Ibid.*, fol. 293.

³ *Ibid.*, fol. 278.